

6. El débil gobierno de Lidia Gueiler sólo sirvió para cubrir la preparación del golpe. Su papel no fue diferente de los gobiernos que precedieron al ascenso de Hitler al poder en Alemania, en 1932-33, o del de Isabel Perón en Argentina en 1975-76. Los militares ignoraron friamente el resultado electoral, porque su proyecto no espera someterse al juicio democrático de nadie, sino que se integra en un nuevo modo de dominación cuyos modelos están en Chile, Argentina, Brasil y Uruguay.

7. García Meza acaba de anunciar próximos despidos en las minas y exigencias de aumento de la productividad, junto con la declaración de "receso" de los sindicatos y de congelación de sus fondos bancarios. Para llevar adelante estos planes, necesita desorganizar la resistencia obrera y de la izquierda revolucionaria. Por eso sus asesinos mataron sin preguntar y sin vacilar a Marcelo Quiroga Santa Cruz: no porque había denunciado el tráfico de cocaína, sino porque era uno de los principales dirigentes políticos de la izquierda socialista que, yendo más allá del tradicional nacionalismo revolucionario, había ganado un fuerte apoyo obrero, sobre todo en las minas, en cuyos centros su partido obtuvo casi siempre el segundo lugar y algunas veces el primero en las últimas elecciones. Ni la débil burguesía boliviana ni su ejército (cuyas improvisaciones pueden verse a través de las crónicas de Jaime Avilés) son capaces de alcanzar por sí solos la factura y la precisión terrorista de este golpe. La asesoría argentina — ahora públicamente reconocida por Videla — y la intervención directa de sus comandos y sus técnicos militares fue indispensable para obtener este resultado. Esa asesoría no tardará en tropezar con dificultades que no sospecha cuando, con la tradicional prepotencia y suficiencia de los burgueses argentinos hacia los bolivianos y los latinoamericanos, empiece a topar con el espíritu nacionalista inclu-

Contra la dictadura boliviana

Frente democrático y programa obrero

Adolfo Gilly/II y último

so de una parte de los oficiales bolivianos. Los militares argentinos comprenderán tarde que están sobrepasando sus límites y que su aventurerismo de extrema derecha puede revertirse contra su propia estabilidad interna.

8. No se puede prever bajo qué formas ni cuándo comenzará la crisis de esta nueva dictadura. Pero es seguro que los intereses argentinos y brasileños, unidos en el sostén al golpe, no son conciliables a mediano plazo. Brasil buscará restablecer su eje con Chile y Argentina con Perú, y Bolivia volverá a ser un terreno de enfrentamiento entre ambas poderosas burguesías. Esto es un seguro factor de crisis para el gobierno de García Meza.

9. Ningún militante sindical o político serio puede ya creer, en Bolivia, en la efectividad o aun en la posibilidad de las vías democráticas. El nivel del enfrentamiento de clase, en las últimas elecciones, las ha cerrado del todo. Tiene cierta importancia, sin embargo, el establecimiento en la clandestinidad del gobierno legítimo de Hernán Siles Suazo y sus aliados. Por un lado, ese hecho muestra que la dictadura no controla todavía el conjunto de la situación ni tiene los medios para hacer frente a todos los desafíos. Por otro lado, la reivindicación de la entrega del poder a Siles Suazo, que tiene la legitimidad constitucional que le da su victoria electoral, es una demanda democrática elemental que puede agrupar a los más amplios sectores de la población opuestos al golpe y enemigos de la dictadura. Esta no ha logrado el éxito inicial de Pinochet en Chile ni tiene el

apoyo de sectores pequeños burgueses descontentos que el general chileno tuvo los primeros días. No hay que subestimar, sin embargo, el apoyo financiero internacional que contribuirá a que García Meza pueda pasar las primeras dificultades: el Banco Mundial acaba de conceder a Bolivia un crédito de 50 millones de dólares y el padrino argentino de García Meza, el general Jorge R. Videla, le ha ofrecido públicamente ayuda económica, alimentos y una línea de créditos para "apoyar el desarrollo boliviano" (y para venderle los productos de la industria argentina).

10. La nueva situación en Bolivia plantea a la izquierda revolucionaria dos órdenes de prioridades. Una es la necesidad de constituir un vasto frente, nacional e internacional, en defensa de las libertades democráticas, contra la represión y el terrorismo militar y por el reconocimiento y el establecimiento en el poder del presidente electo en julio último, Hernán Siles Suazo.

La otra, es no detener su lucha en los límites de la anticuada política nacionalburguesa reiterada por Siles Suazo y su partido, ampliamente superada por los objetivos de este golpe que se propone la reorganización y la modernización capitalista de Bolivia a sangre, hambre y fuego.

La clase obrera boliviana —y latinoamericana— necesita preparar su propia respuesta independiente. Cuando en 1946 un golpe proimperialista derribó al gobierno nacionalista de Gualberto Villarreal, los mineros, que lo

apoyaban, no pudieron defenderlo. Pero al año siguiente sus delegados se reunieron en Pulacayo y, en congreso de la Federación de Mineros, aprobaron un programa que fue el sustento de su actividad sindical y política cuando triunfó la revolución de abril de 1952, las Tesis de Pulacayo.

El ciclo de esa revolución y las condiciones en que dichas tesis tuvieron vigencia inmediata se han cerrado definitivamente con este golpe. A partir de las tradiciones de lucha y de organización desarrolladas por los mineros en todo ese período, será necesario encarar las actuales condiciones de la lucha obrera en Bolivia, bajo la nueva violencia modernizada y tecnificada que ejército y capital financiero internacionalizado están imponiendo.

Se demostrará necesario, como en 1947, un nuevo programa revolucionario que responda a esas condiciones y nuevas formas de organización que incorporen aquellas experiencias pero superen los caducos marcos del nacionalismo burgués en que el lechismo encerró a los sindicatos.

Esta tarea es la misma de toda la fuerte y concentrada clase obrera del sur de América Latina, a la cual estas nuevas condiciones, que los ejércitos y el capital financiero han internacionalizado, plantean con más urgencia que nunca la actualización socialista de su programa y de sus métodos y la coordinación política de sus experiencias y de sus luchas.

Los trágicos acontecimientos de Bolivia dicen una vez más que es necesario, para la difícil reorganización de las fuerzas obreras del Cono Sur —las más concentradas y maduras del continente, como los mineros bolivianos lo han confirmado con heroísmo—, discutir, asimilar y adaptar a las condiciones de esos países, las nuevas enseñanzas y la experiencia proletaria que, en el otro extremo de América Latina, continúa transmitiendo la revolución salvadoreña.